

06/ Experiencias



06/1

Migrantes, testigos de la esperanza

Xabier Gómez García,
Obispo de Sant Feliu de Llobregat. Barcelona

La Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado 2025 llega en un momento especialmente sensible en todas partes. El aumento del discurso xenófobo, cada vez más normalizado en ciertos ámbitos políticos y mediáticos, pone en riesgo la convivencia y erosiona los cimientos de una sociedad que históricamente se ha caracterizado por la acogida y la pluralidad.

Como obispo de Sant Feliu de Llobregat, no puedo restar en silencio ante este escenario. Callar sería cómplice. Mi experiencia pastoral en barrios donde conviven familias llegadas del Marruecos, de la América Latina, de la África subsahariana o de la Europa del Este me ha mostrado que los migrantes no son nunca una amenaza.

Bien al contrario: son rostros concretos de esperanza, personas que luchan para sobrevivir, para dar un futuro a los hijos, para reconstruir una vida después de haberlo perdido casi todo. Capaces de generar redes de autoayuda

y solidaridad, como la comunidad bangla en Lavapiés (Madrid) durante la pandemia. Como no recordar el testimonio de mujeres migradas y trabajadoras domésticas cuando hablan de jornadas laborales infinitas en la limpieza doméstica, de añoranza de los hijos que habían dejado atrás y del dolor de sentirse a menudo invisibles. Pero también me transmitieron una fuerza que me impresionó:

“Hemos venido para vivir, no para malvivir”,

me decían. Aquel testigo, sencillo y valiente, fue para mí una lección de evangelio puro. También me llena de tristeza ver en algunas ocasiones de personas migradas que se aprovechan de la vulnerabilidad de sus vecinos migrantes. Pero me quedo con la alegría y gratitud de muchas familias que encontraron motivos para el arraigo social y la esperanza, a pesar de unas leyes injustas que debería ser cambiadas.

El Papa León XIV nos lo recuerda con claridad en su mensaje para esta jornada: los migrantes son “misioneros de la esperanza”. En ellos hay el reflejo de la fe que no se resigna, de la vida que a pesar del sufrimiento se levanta, del futuro que se construye desde la confianza en Dios y en la solidaridad humana.

El Papa denuncia la indiferencia y el egoísmo que levanta muros y cierra fronteras, y nos invita a ver en cada migrante no un problema, sino una oportunidad de encuentro y de renovación social.

En la misma línea, los obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y Promoción Humana insisten que los migrantes no pueden ser reducidos a cifras ni a estadísticas. Son personas que llegan con proyectos, con fe, con sueños. Y muchas veces, son ellos quienes revitalizan parroquias envejecidas, quién nos ayudan a redescubrir la universalidad de la Iglesia y quien

aportan dinamismo cultural y espiritual a barrios que parecían dormidos.

España o Cataluña vive tensiones reales: la precariedad laboral, la dificultad de acceso a la vivienda, la carencia de inversiones públicas en algunos barrios. Pero atribuir estas problemáticas a los migrantes es una manipulación que hay que denunciar.

El verdadero enemigo no son las personas que llegan, sino las bolsas de pobreza y desigualdad que concentrados en determinadas zonas urbanas. Cuando una familia catalana tiene que compartir piso porque no puede pagar el alquiler, el problema no es que su vecino sea paquistaní; el problema es un mercado inmobiliario desbocado y un sistema económico que prioriza el beneficio por encima del derecho a un techo.

La frustración es comprensible. Pero precisamente por eso es tan fácil que arraigue el discurso simplista: señalar el migrante como culpable. Es urgente cambiar la mirada y reconocer que el reto no es expulsar nadie, sino transformar las estructuras que generan desigualdad.

A lo largo de los años, he conocido centenares de migrantes que han dejado huella en mi vida y también contamos con testigos a nuestra diócesis. Un padre senegalés que trabajaba por la noche en una fábrica y de día se dedicaba a enseñar catalán a sus hijos, convencido que la integración pasaba por la educación.

Una joven hondureña que, después de un viaje lleno de peligros, consiguió reunirse con su madre en Sant Feliu y hoy es voluntaria en Cáritas ayudando otras familias. Un grupo de jóvenes marroquíes que se ofrecieron para pintar la parroquia donde se estaban integrando, demostrando que querían ser parte activa de la comunidad. Estas historias son más reales que cualquier eslalon electoral. Y todas tienen en común la misma semilla: la esperanza.

No podemos mirar hacia otra banda. El adelanto de la xenofobia irracional en Cataluña es un síntoma

preocupante. Cuando se normaliza el discurso del odio, se deteriora la democracia y se destruye la cohesión social. Es responsabilidad de todos -instituciones, medios de comunicación, comunidades religiosas y ciudadanos- parar esta deriva.

Hay que repetirlo con claridad: los migrantes no son el problema. El problema son las desigualdades estructurales, la carencia de políticas valientes en vivienda y trabajo, la precarización de servicios públicos que condena barrios enteros a vivir en la marginación. Si no afrontamos estas causas reales, continuaremos alimentando el resentimiento y el enfrentamiento.

Los migrantes nos enseñan a esperar contra toda esperanza. Nos muestran que es posible volver a empezar, que la fraternidad no es una utopía y que la fe se hace fuerte en la fragilidad. Pero esta esperanza no tiene que quedar en poesía; tiene que traducirse en compromiso.

Como sociedad en todas partes, tenemos que construir políticas de acogida inteligentes y humanas, tenemos que promover espacios de encuentro intercultural y tenemos que garantizar que nadie quede a la cuneta. Las parroquias y entidades sociales ya hacen mucho, pero no pueden sustituir el que corresponde en el Estado y a las administraciones.

Mi propia experiencia pastoral me confirma que, cuando se crean vínculos reales entre personas cae el miedo y nace la confianza.

Cuando un niño catalán y un niño boliviano comparten pupitre, cuando una abuela autóctona y una madre nigeriana comparten banco en la iglesia, cuando una empresaria da una oportunidad laboral a un joven migrando, cuando dos vecinas de países diversos comparten recetas de cocina y se cuentan la vida, o se encuentran en la misma asociación de barrio o de pueblo, cuando en el mismo hospital se comparten esperas y se interrumpe el silencio, o se celebra la vida juntos, entonces la convivencia deja de ser un reto y se convierte en una realidad posible.

06/2

Jóvenes migrantes solos: esperanza para un nuevo futuro

Marcos Febas Fernández,
Área de Integración infanto-juvenil y laboral.
Sant Joan de Déu Terres de Lleida

Cada año, alrededor de 500 jóvenes migrados solos llegan a Sant Joan de Déu Terres de Lleida buscando un futuro mejor. Desde la apertura del primer recurso específico en 2018, San Juan de Dios ha atendido a más de 2.500 jóvenes, ofreciéndoles un hogar temporal donde iniciar un proyecto personal. A través del acompañamiento personalizado, la formación y la orientación los jóvenes pueden dar los primeros pasos que los conducirán a la inserción laboral y la integración social. Los jóvenes comprometidos con su proyecto personal tienen muchas posibilidades de éxito. En 2024 más del 70% de los que realizaron un itinerario completo en el proyecto se independizaron con éxito, es decir, con un contrato laboral estable y las competencias necesarias para garantizar su autonomía. Los datos del 2025 elevan esa cifra al 87%.

Cada año, cientos de jóvenes migrantes llegan a Cataluña con el objetivo de cambiar sus vidas y buscar oportunidades que no tienen en sus países de origen. Estos viajes, a menudo largos y llenos de dificultades, dejan a los jóvenes en situación de vulnerabilidad, necesitando un lugar seguro donde alojarse, apoyo educativo, formativo y emocional que les permita integrarse en la sociedad.

La respuesta a esta necesidad ha sido posible gracias a la colaboración entre la administración autonómica catalana y entidades sociales como la nuestra, que desde hace cinco años gestiona recursos específicos para jóvenes migrantes en Lleida. La apertura del primer recurso para este colectivo en abril de 2018 marcó el inicio de un programa integral de acogida, formación y acompañamiento que se ha convertido en un modelo de referencia en la región.

El programa de **Sant Joan de Déu Terres de Lleida** está diseñado para ofrecer una atención personalizada que se adapta a las diferentes fases del itinerario migratorio de los jóvenes. Cada año, se atienden alrededor de 500 jóvenes con una ocupación máxima de 200 plazas, procedentes principalmente de países como Marruecos, Senegal o Guinea. Desde 2018 hasta hoy, han pasado por el programa algo más de 2.500 jóvenes.

Algunos de los jóvenes son atendidos en SJD por un período muy corto, porque seguirán su proceso en otros centros del sistema de protección del territorio, pero gestionados por otras entidades sociales. Muchos de ellos realizarán todo su itinerario en el sistema de protección en los recursos de SJD, avanzando en su proyecto personal superando las etapas necesarias: documentación, formación e inserción laboral.

Los jóvenes atendidos a menudo llegan con limitaciones significativas: desconocen el idioma, no tienen amistades ni referentes y desconocen el funcionamiento de la sociedad que les acoge. Aymane, un joven marroquí que llegó a Lleida con 15 años, recuerda que “todo era muy difícil”

y que necesitaba orientación para entender trámites, lengua y costumbres. Sant Joan de Déu ofrece esta orientación y acompaña a los jóvenes en un proceso que combina apoyo emocional, formación y asistencia práctica para ayudarles a adaptarse y avanzar hacia la autonomía.

El programa cuenta con diferentes servicios adaptados a las necesidades de los jóvenes según la fase de su proceso migratorio. Inicialmente, en el Servicio de Protección de Emergencia, los objetivos están en la cobertura de las necesidades básicas, el conocimiento de su situación sociofamiliar, así como el inicio al aprendizaje del idioma. Posteriormente, los jóvenes pasan al Servicio de Primera Acogida y Atención Integral, donde pueden permanecer un largo período de tiempo, si no se dan las variables necesarias para avanzar en su proceso. En este periodo, regularizan su situación administrativa, aprenden el idioma y reciben formación orientada a la inserción laboral. Hamza, otro joven marroquí, explica que el programa le permitió “conocer la cultura, aprender el idioma y prepararme para trabajar”, facilitando así la transición hacia la siguiente etapa de su itinerario.

Sant Joan de Déu tiene un recurso específico para jóvenes de 16 a 18 años, cuyo objetivo es fomentar la autonomía, dando prioridad a la formación. Al alcanzar la mayoría de edad, pasan a pisos de Inserción Laboral, donde el foco se pone en la formación y el empleo. Este sistema progresivo permite que los jóvenes avancen por etapas, en función de su perfil, objetivos e implicación en el proyecto personal. Hamza, por ejemplo, inició su inserción laboral en un Centro Especial de Trabajo durante la pandemia, compaginando trabajo y estudios en un ciclo formativo de técnico en cuidados de enfermería. En 2024, 62 jóvenes completaron con éxito este itinerario en los pisos de inserción laboral.

El modelo de Sant Joan de Déu se sustenta sobre cuatro pilares fundamentales: aprendizaje del idioma, formación orientada al empleo, acompañamiento personalizado y estableci-

miento de límites y marco normativo. La cercanía y la atención individualizada son clave, pero siempre con exigencia, ya que el objetivo es que los jóvenes asuman la responsabilidad de su proyecto vital y desarrollen autonomía personal y laboral. La formación y el empleo son elementos centrales para la integración social. Desde 2019, Sant Joan de Déu ha implementado programas de formación e inserción laboral que permiten a los jóvenes adquirir habilidades prácticas y oficiales, a pesar de las limitaciones legales que impiden a quienes no tienen documentación acceder a formación reglada.

Entre 2019 y 2025, se han formalizado más de 300 contratos laborales con unos 200 jóvenes; más de 300 jóvenes han obtenido certificados formativos, incluyendo a 210 que han completado un Programa de Formación e Inserción (PFI). Imad, formado como electricista, encontró un empleo estable gracias a estas iniciativas.

El Proyecto Caronte es otra pieza clave, ya que proporciona vivienda para jóvenes que residen en los pisos y han conseguido trabajo estable, alcanzando los objetivos establecidos en su itinerario, pero se enfrentan dificultades para encontrar alojamiento cuando tienen que abandonar el sistema de protección.

Esta iniciativa es propia de SJD, complementa la cartera de servicios públicos y ayuda a superar el momento crítico de salir de un entorno protegido a la plena autonomía, en un contexto de enormes dificultades en el mercado de la vivienda; el estigma se suma a los retos existentes. Según Imad,

“Sin este apoyo, muchos de nosotros seguiríamos en la calle”.

El éxito de los programas de Sant Joan de Déu también depende de las alianzas establecidas con empresas y otras entidades sociales. Mediante convenios para prácticas laborales

y contratos, las empresas pueden conocer a los jóvenes y valorar su capacidad de manera directa, lo que a menudo se traduce en contratos estables.

La colaboración con diversos actores, como entidades sociales, educativas o asociaciones de migrantes ha generado sinergias valiosas para identificar buenas prácticas y mejorar continuamente el modelo de acogida e inserción. La integración en la comunidad es otro aspecto clave. Los jóvenes participan en actividades deportivas, fiestas locales y proyectos de voluntariado, fomentando la interacción con los vecinos y contribuyendo a romper prejuicios.

Marcos Febas, director del área de Integración juvenil y laboral, señala que “**no se trata solo de formar a los jóvenes, sino de que se sientan parte de la sociedad**”. Esta participación activa facilita la percepción positiva de los migrantes por parte de la comunidad y refuerza el sentimiento de pertenencia de los jóvenes. A pesar de los éxitos, el programa se enfrenta a importantes obstáculos burocráticos. La regularización de la situación administrativa puede tardar varios años, limitando el acceso a formación reglada y al empleo. Sant Joan de Déu trabaja intensamente con las administraciones para optimizar los tiempos y evitar que los jóvenes pierdan períodos cruciales de su vida, conscientes de que estos años pueden marcar significativamente su futuro.

El esfuerzo y el acompañamiento son los valores que guían todo el trabajo de Sant Joan de Déu. La atención se personaliza según el momento del proceso migratorio: al inicio, los jóvenes necesitan orientación e información, y al final, acompañamiento en la inserción laboral y la búsqueda de vivienda. El éxito del programa depende de la combinación entre la implicación personal del joven y el apoyo constante del equipo profesional. En 2024, más del 70% de los jóvenes que completaron su itinerario lograron inserción laboral exitosa, demostrando que con esfuerzo y orientación adecuada se pueden superar barreras importantes.

Las historias de **Aymane, Hamza e Imad** son testimonios reales de esta trayectoria de esfuerzo, superación e integración.

Aymane recuerda los momentos difíciles de su primer contacto con Lleida, Hamza combina trabajo y estudios, e Imad ha conseguido un empleo estable como electricista. Los tres sirven de referente para los jóvenes que actualmente inician su itinerario, demostrando que con apoyo, formación e implicación personal es posible alcanzar una vida autónoma e integrada. Como expresa Aymane,

“**Las dificultades del pasado pueden transformarse en los éxitos del mañana; nuestro pasado no define nuestro futuro**”.

En conclusión, el modelo de Sant Joan de Déu Terres de Lleida es un ejemplo de cómo un enfoque integral de acogida, formación, inserción laboral e integración comunitaria puede transformar la vida de jóvenes migrantes.

Mediante un itinerario progresivo que combina atención personalizada, aprendizaje práctico y apoyo emocional, estos jóvenes pueden superar las dificultades derivadas de la migración y construir un futuro con oportunidades reales. La combinación de recursos residenciales, pisos asistidos, programas formativos, proyectos de inserción laboral y alianzas con empresas y entidades sociales crea un tejido sólido que fomenta la autonomía y el éxito personal.

Las historias de superación individual son el mejor testimonio del valor de este modelo, que no solo ofrece refugio, sino también esperanza y herramientas para construir un futuro mejor, demostrando que, con esfuerzo y acompañamiento, cualquier joven puede transformar los retos en oportunidades.

06/3

Programa “Cercanos” de la Orden de Malta

Mª Pilar Núñez Cubero,
Ginecóloga y profesora de Bioética.
Consejo Asesor Ética de la Salud y Social

1. Alto Comisionado
de las Naciones
Unidas para los
Refugiados

La evolución de la sociedad de nuestro tiempo, con el avance de la tecnología, deseo de progreso, social y económico, falta de reflexión seria, filosófica y teológica, nos está llevado a una sociedad en la que “**todo vale**”, con una pérdida de valores humanos y cristianos que está creando diferencias insuperables entre países. Mientras en unos se vive la sociedad del bienestar, en otros, en aquellos que están “**en desarrollo**”, una capa de la sociedad se enriquece, y otros se ven obligados a salir del país, convirtiéndose así en refugiados en el país al que logran llegar.

Pero el reconocimiento del estatuto de refugiado exige un análisis caso por caso e incluye factores como la valoración del riesgo que enfrenta el solicitante, la severidad y naturaleza de los abusos, las razones que encierra la actuación del agente de persecución y el nivel de protec-

ción en el propio país (**ACNUR**)¹. Es cierto que no se puede generalizar porque no todas las víctimas de un tipo de persecución específico califican para el estatuto de refugiado y se puede correr el riesgo de excluir, a priori, personas que enfrentan situaciones de vida o muerte, que deberían calificarse como refugiados.

En 1951 se creó una Convención que propone unos: elementos de la definición de refugiado (**Convención de 1951**):

Una persona que se encuentra fuera de su país de nacionalidad o de residencia habitual, tiene un fundado temor de persecución a causa de su raza, religión, nacionalidad, pertenencia a un determinado grupo social u opiniones políticas, y no puede, o no quiere, acogerse a la protección de su país, o regresar a él, por temor a ser perseguido.

Esta Convención fue enmendada con el Protocolo de 1967 y define así el Estatuto de Refugiado:

Una persona que, debido a un miedo fundado de ser perseguido por razones de raza, religión, nacionalidad, miembros de un grupo social o de opinión política en particular, se encuentra fuera de su país de nacimiento y es incapaz, o, debido a tal miedo, no está dispuesto a servirse de la protección de aquel país; o de quien, por no tener nacionalidad y estar fuera del país de su antigua residencia habitual como resultado de tales eventos, es incapaz, debido a tal miedo, de estar dispuesto a volver a éste.

España firmó su Adhesión a la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados, hecha en

Ginebra el 28 de julio de 1951, y al Protocolo sobre el Estatuto de los Refugiados, hecho en Nueva York el 31 de enero de 1967, el 12/11/1978²

Quienes, entre los que llegan a nuestro país, sean reconocidos como refugiados, los gobiernos de acogida son los principales responsables de la protección de los refugiados. Los 147 países, partes en la Convención de 1951 y/o en el Protocolo de 1967 están obligados a cumplir con las disposiciones que contienen.

El ACNUR mantiene una estrecha vigilancia sobre este proceso e interviene si es necesario para asegurar que los refugiados reciban asilo y **no se los someta a una devolución forzosa a países donde sus vidas podrían estar en peligro**.

La organización busca formas de ayudar a los refugiados a rehacer sus vidas, ya sea a través de su integración en el país de acogida, su repatriación voluntaria a sus países de origen o, si ello no fuera posible, a través del reasentamiento en un tercer país, recibiendo “protección internacional”.

Millones de otras personas llamadas “inmigrantes económicos” y de otro tipo, han aprovechado el progreso en los medios de comunicación para buscar una nueva vida, según ellos mejor, en países más desarrollados.

No debe confundirse - como ocurre a menudo - a estas personas con los refugiados, que huyen de la persecución o de la guerra, más que por motivos económicos o personales. Actualmente, los movimientos migratorios pueden ser sumamente complejos y suelen englobar a inmigrantes económicos, refugiados y otras categorías de personas. Identificar y separar a los diversos grupos, conduciendo a los refugiados hacia unos procedimientos de asilo justos de conformidad con la Convención de 1951, puede ser una tarea difícil para los gobiernos.

Hoy, hablar de movilidad humana es hablar de un hecho que puede ser abordado desde dos ámbitos: las causas o las situaciones que motivan la salida del propio territorio; y las conse-

cuencias, esto es, las situaciones que los migrantes encuentran en los lugares de destino.

Mientras que unos comprenden dicha movilidad como un recurso para solucionar problemas en los lugares de origen, para otros es percibida como una amenaza y una carga social que estremece las relaciones culturales y sociales.

En nuestro país hay un gran número de personas que viven aquí, y que no son refugiados, sino simplemente “emigrantes” en busca de una vida mejor y muchos de ellos no tienen ningún documento para gozar de los beneficios que nuestra sociedad acuerda a los ciudadanos del país, y son considerados como “ilegales” o “sin papeles” sin derecho a residencia, “sin derechos” a techo y salud, obligando a un gran número a una “situación de calle”, teniéndose que buscar por sí mismos un lugar donde dormir.

1/

¿Si el Estado no los protege, podemos nosotros, humanos y cristianos, abandonarlos a su suerte?

La Biblia tanto en su Antiguo, como en el Nuevo Testamento, está plagada de consejos sobre el cómo recibir a los “forasteros”, que llegan a nuestro territorio. Por citar algunos:

- **Nuevo testamento:** El texto más significativo es el de **Mateo 25**, donde Jesús dice “fui forastero y me recogisteis”, identificándose con el extranjero necesitado de acogida. Además, el pasaje de **Mateo 25:3-46** es fundamental, ya que enseña que el trato dado a estos “hermanos más pequeños” se considera

**2. BOE, núm. 252,
de 21 de octubre
de 1978,**

dado a Él mismo, y el rechazo a ellos es un rechazo a Cristo.

- **Otros textos:** Que el amor fraternal permanezca entre vosotros, y no se olviden de practicar la hospitalidad, pues gracias a ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles. **Hebreos 13:1**
- Porque toda la ley se cumple en esta sola palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. **Gálatas 5:14 RVC.**

- En el **Antiguo Testamento**, el **Levítico 19:34**, manda amar y tratar al extranjero como a un compatriota, ya que Israel también fue extranjero en Egipto... y no opriman a los extranjeros que habiten entre vosotros. Trátenlos como si fueran sus compatriotas, y ámenlos como a ustedes mismos, porque también ustedes fueron extranjeros en Egipto. Yo soy el Señor tu Dios. **Levítico 14:33-34 RVC.**

- Así habló **Jehová** de los ejércitos, diciendo: Juzgad conforme a la verdad, y haced misericordia y piedad cada cual con su hermano; no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero ni al pobre; ni ninguno piense mal en su corazón contra su hermano. **Zacarías 7:9-10 RVR.**

2/

¿Cómo cumplir estos preceptos ante la situación de nuestros hermanos “sin papeles”?

Muchas ONG están reemplazando las obligaciones del Estado, frente a los emigrantes. Quiero presentar mi experiencia personal colaborando

con la Orden de Malta, fundada en el Siglo XI.

La Soberana Orden de Malta, Orden Militar y Hospitalaria, de Jerusalén de Rodas y de Malta, es una Orden religiosa, laica, que tiene como misión: **Tuitio fidei y obsequium pauperum**, es decir propagar la Fe y dedicarse a los pobres, los vulnerables, ser un don, un obsequio, para aquellos que en palabras del **Papa Francisco** son los descartados, los incontables, aquellos que nadie se ocupa de ellos, porque no merecen la pena de un esfuerzo.

Para nosotros son Nuestros Señores, ya que en cada uno de ellos se trata de ver a Nuestro Señor. Es imposible que yo pueda describir, aunque sí enumerar, las Actividades de la Orden: siempre en todo ello se trata de estar al servicio de la fe y buscar la gloria de Dios: residencia para personas mayores, asistencia sanitaria a sus problemas de salud, comedores donde se les sirve la comida a diario, duchas y peluquería para las necesidades de higiene, ofreciendo el lavado de sus ropa, el ropero con entrega de ropa de hombre y de mujer, ropa de invierno, mantas...

Visitas a instituciones de personas con “otras capacidades”, escuchándolos y entreteniéndolos, peregrinaciones a Lourdes y a Santiago de Compostela incluso la realización del “camino sobre ruedas”, llevando a algunos en silla de ruedas...

Pero quiero destacar el Programa, **Cercanos**. Se trata de la Asistencia por la noche a personas “sin techo”. Se comenzó yendo a encontrar a aquellos que dormían en la calle y llevarles comida caliente o del tiempo, ropa de abrigo para el mal tiempo y charlar un poco con ellos.

Tras unos 10 años la relación con ellos, nuestro Señores, era tan cercana y “familiar”, que había que corresponderlos con un respeto especial, y así comenzó un nuevo proyecto que llamamos Cercanos visitándoles dos noches por semana, con una modalidad de especial cercanía. Se trata de reunirles en un espacio amplio, y en grupo, de manera que el contacto sea personal entre

ellos y con los voluntarios de Malta, creándose una gran tertulia y escucha personal. Si han de desplazarse de lejos, se les facilita un ticket de transporte.

No es una actividad como el resto ni tampoco vienen muchos voluntarios porque hay que entender esta relación como un paso más en la fe, no un lugar, donde solo interesa ayudar, por ser visto a nivel social. Estar allí es “orar” mientras ayudamos a solucionar muchos problemas del día a día, vestir, escuchar, mostrar a Jesús...

Dios es el que se encarga poco a poco de devolverles una dignidad arrebatada, casi siempre, por el propio ser humano.

Muchas veces han querido venir cámaras de televisión, periodistas, programas, quienes buscan sólo hacer o hacerse la foto, y siempre se ha dicho que no para mantener este anonimato que ellos merecen.

Nos han dejado ir siempre donde duermen, donde guardan sus cosas, nos han mostrado información sobre sus problemas, sus miedos, sus sueños. Sabemos todo sobre ellos. Esto es otra cuestión, naturalmente, y ambos tenemos confianza para hablar de ello, lo que sucede es que las publicaciones, muchas veces han traído más curiosos que un verdadero apoyo permanente a las actividades y un respeto a esa necesidad de sentir al Señor más cerca.

Nuestra gran pregunta es: ¿No habría posibilidad de establecer esa cercanía en otras de nuestras actividades desde la fe y la situación de los señores que acuden a buscar ayuda? La mayoría, por desgracia duermen en la calle y hay situaciones realmente conmovedoras, señores que han superado enfermedades graves incluso viviendo en la calle, muchas historias de superación a través de la formación y el trabajo. En fin, es una cercanía que apasiona y a la que no se puede poner un fin.

06/4

La atención en salud mental a la población migrada y refugiada

Yolanda Osorio Psiquiatra,
Coordinadora ESMES
(Equipo Salud Mental Sin Techo) y programa SATMI
(Programa de Atención en Salud Mental para población migrada). Parc Sanitari Sant Joan de Déu. Sant Boi de Llobregat (Barcelona)

En los últimos años, la cuestión migratoria se ha convertido en un tema central para muchas instituciones. Sin embargo, con frecuencia los medios de comunicación la abordan desde una perspectiva negativa, olvidando que la migración es un fenómeno histórico y estructural. España, de hecho, ha sido tradicionalmente un país de emigrantes: durante décadas, muchas personas se desplazaron a Alemania, Suiza o Argentina en busca de mejores oportunidades.

Cuando hablamos de salud mental en la población migrada y refugiada, es imprescindible

reconocer las múltiples situaciones de trauma que atraviesan estas personas: desde las vividas en sus países de origen, como son las guerras, persecuciones por motivos de género, orientación sexual o religión, hasta las que ocurren durante el viaje migratorio, especialmente en el caso de quienes provienen del África subsahariana, el norte de África o el sudeste asiático, enfrentándose a violencia, abusos sexuales y condiciones extremas. A esto se suman los traumas que surgen en el país de acogida, derivados de las dificultades administrativas, legales y sociales.

En el nuevo entorno, los obstáculos burocráticos, la falta de red social y familiar, el aislamiento o la precariedad impactan directamente en la salud mental. Aunque las personas que migran suelen ser resilientes y cuentan con grandes recursos internos (pues el propio hecho de migrar requiere fortaleza), el desgaste acumulado ante estas situaciones termina afectando su bienestar psicológico.

Es fundamental recordar que la migración, en sí misma, no es una causa de trastorno mental. Lo que genera malestar son los factores asociados al proceso migratorio: la exposición a estresores y, en muchos casos, a traumas. Las personas migradas están más expuestas a sufrir problemas de salud mental debido a la discriminación, el racismo -tanto individual como estructural-, la falta de apoyo o las barreras sociales y económicas.

Los trastornos más frecuentes son los llamados trastornos adaptativos, que surgen como respuesta emocional ante estas experiencias de exclusión y dificultad. El cansancio extremo, la ansiedad, la tristeza o los problemas de sueño son expresiones de un sufrimiento que, en muchos casos, se origina más en el contexto que en la persona. Por eso, más que patologizar a quien migra, es necesario acompañar y tratar el malestar que se deriva de una situación injusta.

En casos más graves, pueden aparecer cuadros psicóticos o trastornos de estrés postraumático. En estas situaciones, puede ser necesaria la hos-

pitalización, pero siempre con un abordaje integral: no solo clínico o biológico, sino también psicológico, social, cultural y espiritual. Es decir, tratar el trastorno implica comprender a la persona en toda su complejidad vital y en su contexto. Para ofrecer una atención adecuada, es esencial tener en cuenta la diversidad cultural. Esto no se limita a la cultura de la persona atendida, sino también a la del profesional y a la del propio sistema sanitario. La atención debe basarse en una mirada antirracista, anticolonial y feminista, capaz de reconocer los efectos que los factores sociales y culturales tienen sobre la identidad, las relaciones y las emociones. Muchas personas migradas han vivido discriminación continua, lo que puede llevarlas a relacionarse desde la desconfianza, la rabia o la desesperanza. Comprender estas reacciones es clave para poder acompañarlas con eficacia y empatía, sin caer en actitudes paternalistas ni distantes.

El abordaje de la salud mental en la población migrada requiere, por tanto, una perspectiva multidisciplinar: psiquiatras, psicólogos, enfermeras, trabajadores sociales y otros profesionales deben trabajar de manera coordinada, junto con la comunidad.

Fomentar redes de apoyo y facilitar la inserción laboral son también medidas fundamentales para mejorar el bienestar psicológico, ya que muchas personas migran precisamente en busca de un futuro laboral estable.

Finalmente, la competencia cultural no debe limitarse a los profesionales clínicos, sino extenderse a todos los niveles del sistema: desde la recepción en los centros de salud hasta los servicios de urgencias o las unidades de hospitalización. Garantizar una atención sensible, inclusiva y respetuosa con la diversidad cultural es un paso imprescindible para cuidar la salud mental de las personas migradas y refugiadas, y para construir una sociedad verdaderamente acogedora y justa.



En un mundo cada vez más interconectado y diverso, la formación de los futuros profesionales de la salud debe estar alineada con los retos sociales, culturales y éticos del presente.

La Universidad Pontificia Comillas, a través de su Escuela Universitaria de Enfermería y Fisioterapia “San Juan de Dios”, ha dado un paso significativo al implementar la metodología de **Aprendizaje-Servicio (ApS)** en el **Trabajo Fin de Grado (TFG)** del Grado en Enfermería en el curso académico 2024-2025, ofreciendo a los estudiantes una experiencia educativa que va más allá de la teoría para integrar la práctica comunitaria y la reflexión crítica.

Este enfoque, basado en el servicio a la comunidad y la participación de los estudiantes, no solo enriquece su formación académica, sino que también promueve la humanización de la enfermería en contextos de diversidad y vulnerabilidad social. Se presenta una reflexión sobre la experiencia vivida por tres estudiantes en el marco del TFG, con especial énfasis en la humanización, la salud y la transculturalidad como elementos clave del aprendizaje.

06/5

Humanización, salud y transculturalidad: una experiencia transformadora con la metodología aprendizaje- servicio

Mª Jesús Martínez Beltrán,
Dra. en Biomedicina,
Máster en Biomecánica y Grado en Fisioterapia.
Escuela Universitaria de Enfermería
y Fisioterapia San Juan de Dios.
Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

Lucía Cuéllar Marín,
Dra. en Biomedicina, Máster en Profesorado y
Dirección de Enfermería y Diplomada en Enfermería.
Escuela Universitaria de Enfermería y Fisioterapia
San Juan de Dios.
Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

1/

**La metodología APS
en el TFG de Enfermería:
un enfoque integral con
impacto en los estudiantes y en la comunitad.**

La implementación de la metodología ApS en la asignatura de TFG es una respuesta innovadora ante la necesidad de generar una formación más práctica y transformadora para los futuros

profesionales de la salud. A través de este enfoque, los estudiantes no solo se enfrentan al reto de desarrollar un trabajo académico, sino que también se comprometen con un servicio real dirigido a una institución con carácter solidario, en este caso, la Fundación Juanjo Torrejón, que trabaja con personas en situación de vulnerabilidad social.

Este proceso permite a los estudiantes aplicar su aprendizaje teórico en un contexto real, promoviendo no solo la adquisición de competencias técnicas, sino también de habilidades, humanas y sociales.

2/

Humanización en la atención sanitaria: un valor imprescindible.

La humanización en la atención sanitaria es uno de los pilares fundamentales de la enfermería. No se trata solo de ofrecer cuidados técnicos, sino de comprender al paciente como un ser integral, con emociones, historias, valores y creencias propias. En este sentido, los estudiantes de Enfermería en el TFG participaron de una vivencia significativa que les permitió integrar la humanización de forma práctica dentro de su futuro ejercicio profesional.

La [Fundación Juanjo Torrejón](#), donde los estudiantes llevaron a cabo sus intervenciones, trabaja principalmente con personas en situación de exclusión social, inmigrantes, mujeres, personas mayores, adolescentes y niños en situación de vulnerabilidad. Este contacto directo con realidades de gran desigualdad social les permitió a los estudiantes experimentar de primera mano los desafíos que enfrentan estos

grupos, particularmente en cuanto al acceso a la salud y la educación sanitaria.

La actividad realizada por los estudiantes fue diseñada para atender las necesidades detectadas, aplicando sus conocimientos en salud pública, educación para la salud y atención comunitaria, así como una labor de orientación sanitaria a personas inmigrantes. Así, no solo trabajaron desde el conocimiento técnico, sino también desde la empatía y la solidaridad, componentes esenciales en la enfermería y en la humanización del cuidado.

3/

Salud y transculturalidad: desafíos y oportunidades en la atención a la diversidad.

La transculturalidad es otro de los aspectos fundamentales que se integró en este proyecto. En un entorno globalizado, la diversidad cultural se convierte en una variable clave para tener en cuenta en la atención sanitaria. En la Fundación Juanjo Torrejón, los estudiantes interactuaron con personas procedentes de distintos países y contextos culturales, lo que les permitió comprender la importancia de adaptar la atención a las diferencias culturales. La salud no es un concepto universalmente entendido de la misma manera en todas las culturas. Las creencias, valores y costumbres pueden influir en la forma en que una persona percibe y accede a los cuidados de salud. Por ello, los estudiantes centraron su colaboración en adaptar sus intervenciones a la población con la que trabajaron y ofrecer cuidados respetuosos con las particularidades culturales de los individuos.

Específicamente uno de los trabajos tuvo como objetivo mejorar el acceso de la población inmigrante al sistema sanitario español. Identificó las principales barreras que enfrentan estas personas -como los trámites administrativos, el desconocimiento del sistema y las dificultades idiomáticas-, y propuso una intervención orientada a facilitar la información sanitaria. Según palabras de los estudiantes:

“Realizar el TFG a través del Aprendizaje y Servicio en colaboración con la Fundación Juanjo Torrejón ha sido una experiencia muy enriquecedora. Nos permitió identificar barreras en el acceso al sistema sanitario para personas inmigrantes y actuar intentando reducirlas, generando un impacto social. Además, el trabajo en equipo con los compañeros y el apoyo de nuestras tutoras hicieron que la experiencia fuera aún más especial y motivadora, permitiéndonos aprender juntos y sentirnos acompañados en todo momento”.

4/

el futuro de la enfermería desde la humanización y la solidaridad.

La implementación de la metodología APS en el TFG ha sido una vivencia marcada por el compromiso activo de los estudiantes, que ha impactado tanto en ellos como en los profesores que tutorizaron los trabajos desde la universi-

dad. Igualmente tuvo impacto para las personas que forman parte de la Fundación Juanjo Torrejón.

Los estudiantes no solo abordaron las necesidades más urgentes de la comunidad, como fueron el apoyo al empleo, la integración social y el cuidado de las personas mayores, niños y adolescentes, sino que también contribuyeron a mejorar la calidad de vida y promover la salud pública de las personas que participaron.

Este proyecto de ApS demuestra que el futuro de la enfermería no solo se basa en avances tecnológicos y científicos, sino en la capacidad de los profesionales para ofrecer un cuidado que esté profundamente basado en la humanidad, la empatía y la solidaridad.

El aprendizaje vivido no solo enriquece las competencias profesionales de los estudiantes, sino que los convierte en agentes de cambio social. Con una visión profunda de la importancia del respeto, la inclusión y el cuidado, los estudiantes comprenden que el verdadero objetivo de su profesión es cuidar con el corazón, sin barreras y sin juicios.

Como dijo san Juan de Dios:

“Bueno será que nos ayudemos los unos a los otros”.